

## O DIOS O EL DINERO. CONTRA EL NEOLIBERALISMO EN LA ÓPTICA DE JESÚS

**José Arregi**

Ante el neoliberalismo reinante y sus estragos globales, quiero invitaros, invitarme, a abrazar la óptica de Jesús: la mirada, los criterios, la compasión subversiva de Jesús.

La Tierra y el universo nos fascinan con su armonía creadora. Pero los peligros y desgarros que sufre la Tierra, nuestra tierra común, nos estremecen. Nunca tanto poder y tanta riqueza se ha concentrado en tan pocas manos ni ha provocado tanta miseria global. Ni la pandemia, contra lo que hace año y medio tantos soñábamos, tiene visos de hacernos más sensibles y humanos.

Volvemos, pues, a la óptica de Jesús, a su manera de mirar, sentir y obrar, de vivir a fondo, a su aliento vital profundo. Volvemos a Jesús, no porque sea perfecto ni único, sino porque él es la que hemos crecido como personas y creyentes y la fuente de la que hemos bebido, y solo por supuesto en la medida en que cada uno quiera que él, Jesús, lo siga siendo. Volvemos a Jesús, porque deseamos y necesitamos caminar hacia una humanidad postestatal, postcapitalista y postpatriarcal, una humanidad libre, justa y fraterna, hermanada con toda la comunidad de vivientes. ¿No será excesivo? Sí, lo es, pero ya sabemos: las utopías, como el horizonte, no están para alcanzarlas, sino para saber en qué dirección caminar. Así lo hizo Jesús.

### **1. Lo que Jesús vio**

Empecemos por preguntarnos: ¿qué vio Jesús con sus ojos de compasión indignada y comprometida? Vio la realidad resquebrajándose por todos los lados en una crisis integral: política, social, cultura, religiosa. Vio la situación de la Galilea baja, cuya economía giraba en torno a la agricultura y la pesca en el lago de Galilea. La situación de los agricultores (no de los grandes propietarios, que no trabajaban la tierra) era de miseria creciente; la de los pescadores algo más desahogada, sobre todo la de los propietarios de barcas y empresarios del salazón y comerciantes del pescado.

Vio el poder aparentemente absoluto del Imperio que se había apropiado de la tierra y del mar: la tierra prometida de los padres convertida en “Provincia romana de Judea”; el llamado lago de Galilea abundante en peces convertido en “lago de Tiberíades”, ciudad romana a la orilla en honor del emperador Tiberio.

Vio cómo Herodes Antipas, rey vasallo de Roma – todos los reyes son vasallos, a pesar de su nombre–, duplicaba los impuestos para financiar las grandes construcciones con las que quiso ganarse los favores de su amo. Vio cómo los pequeños propietarios de tierras, no pudiendo pagar los impuestos, vendían sus tierras a los ricos volviéndose arrendatarios, y cómo el territorio galileo, secularmente distribuido en pequeñas propiedades familiares, sufría un proceso de intensa latifundización y se convertía en propiedad de la familia herodiana, de las principales familias sacerdotales y de la aristocracia político-religiosa. Vio cómo los arrendatarios, no pudiendo pagar la renta, se volvían simples asalariados, y cómo los asalariados, ahogados por las deudas, perdían el pan de cada día, la alegría de vivir, la autoestima y la salud. Y algo similar sucedía a los pescadores del lago y a los artesanos de las aldeas. Hay que leer sobre este trasfondo las

parábolas de los arrendatarios que matan al hijo del propietario (Mc 12,1-8), y la de los jornaleros que pasan el día en la plaza (Mt 20,1-16).

Y, en sus anuales visitas al templo, vio también las mansiones de la parte alta de Jerusalén, donde vivía la aristocracia sacerdotal, en lujosos edificios. Vio el templo convertido en centro del poder económico, político y religioso judío, y aliado de la Diosa Roma y dios Augusto, “la pareja divina en el centro del nuevo orden mundial”<sup>1</sup>.

Jesús vio y se conmovió: “Al ver a las multitudes, tuvo compasión de ellas, porque estaban agobiadas y desamparadas, como ovejas sin pastor” (Mt 9,36). Se conmovió y se indignó: “¡Ay de vosotros, los ricos!” (Lc 5,24). Se indignó también con el sistema del templo: “Destruid este templo” (Jn 2,19). Se indignó y se comprometió, anunciando y denunciando, comiendo y curando. Viendo lo que veía, proclamó: “Levantad la cabeza, se acerca vuestra liberación” (Lc 21,28).

## 2. El reino de Dios, la revolución de Jesús

El reino de Dios es la alternativa de Jesús. Para entenderlo, es preciso no olvidar que “el movimiento de Jesús tuvo su origen en una crisis de la sociedad judeo-palestinese”<sup>2</sup>, en un clima revolucionario. En esa crisis y en ese clima revolucionario, el joven Jesús, más que con ningún otro personaje de su época, se identificó con Juan Bautista, el severo profeta que con tonos apocalípticos predicaba en el desierto la inminente venida de Dios como juicio y bautismo de fuego para aquella gente oprimida por los abusos de los ricos y poderosos. Atraído por los ecos de su mensaje, Jesús lo dejó todo y se unió al círculo del Bautista, haciéndose también él discípulo suyo. Pero después de un tiempo, se separó de éste y emprendió su propio camino.

Dejó el desierto y volvió a Galilea, su tierra, pero no por retornar a su tierra, sino para “rehacerla desde su propia visión”<sup>3</sup>, para restaurar su tierra de las heridas causadas por la codicia de los grandes propietarios. Estos habitaban en las ciudades, y es revelador que los evangelios nunca presentan a Jesús en ninguna de las ciudades galileas (Séforis, Tiberíades...), sino en el campo, en los caminos, en las aldeas, en las casas, con gente campesina y pescadora. No es que no fuera a las ciudades porque éstas fueran paganas, que no lo eran del todo, sino porque, que no lo eran del todo, sino porque estaban regidas y ocupadas por los grandes terratenientes y por gente afín al poder imperial en ellas.

A pesar de cuanto veían sus ojos en su tierra, Jesús no se resignó. Después de dejar a Juan Bautista, “Jesús se marchó a Galilea, proclamando la Buena Noticia de Dios. Decía: “El plazo se ha cumplido: el reino de Dios está llegando. Convertíos y creed en la Buena Noticia” (Mc 1,14-15). “Está llegando, ya está haciéndose presente, como la semilla que se irá desarrollando. Es más, en el Evangelio de Lucas, Jesús dice: “El reino de Dios está entre vosotros”, que se puede traducir también “en vosotras”, o en el corazón de toda la realidad (Lc 17,21).

A pesar de lo que veían sus ojos, o más bien porque, desde el fondo de sus ojos, supo ver el fondo de la realidad. Vio que toda la realidad, tan herida e inacabada. Habita em el corazón de Dios creador, liberador, transformador de todas las cosas, o, yo diría más bien,

<sup>1</sup> J.D. Crossan, *El poder de las parábolas*, PPC, Madrid 2014, p. 164.

<sup>2</sup> G. Theissen, *El movimiento de Jesús. Historia social de una revolución de valores*, Sígueme, Salamanca 2005, p. 249.

<sup>3</sup> S. Freyne, *Jesús, un galileo judío*, Verbo Divino, Estella 2008, p. 34.

Dios o, en otras palabras, el Alma, la Creatividad inagotable o la Comunión universal o la Relación de todo con todo anima la realidad entera, desde la partícula atómica hasta las galaxias en formación y en expansión en este universo o en todos los universos. “El reino de Dios está entre vosotros o en vosotras”, más allá de esquemas temporales (pasado, presente, futuro). Esa presencia real y realizable, Jesús la veía sobre todo en el rostro de las más oprimidas. Si lo creéis y os convertís, si esperáis y os comprometéis, que es lo mismo, se manifestará, se realizará lo que es, la esperanza o el respiro de todas las criaturas se realizará.

La expresión “reino de Dios” nos repele más que nos inspira. No podemos imaginar a Dios como el gran soberano del mundo, Ente exterior y superior al mundo. Por supuesto que Jesús, de acuerdo a la cosmovisión y al imaginario religioso judío de su tiempo, imaginaba a Dios como Rey soberano que dirige el mundo desde fuera. De todos modos, en su boca, “reino de Dios”, y de acuerdo a la tradición profética, venía a ser una crítica radical de toda monarquía, pues todos los soberanos han oprimido a los pequeños y han sucumbido a la egolatría y la codicia. Afirmar que solo Dios es rey equivalía a enfrentarse a todo otro rey.

¿Qué significa, pues, “reino de Dios” en la tradición profética judía? Lo dice el Salmo 146, “salmo de la realeza” que celebra a Dios como rey: “Dios hace justicia a los oprimidos, da pan a los hambrientos, la libertad a los cautivos. Levanta a los humildes, protege al emigrante, sostiene a la viuda y a los huérfanos”. El emigrante, la viuda y el huérfano conforman la tríada que representa a las personas desprotegidas por antonomasia.

Así, “reino de Dios” significaba en boca de Jesús “Reino de Dios” una transformación subversiva de toda la realidad, que ya se estaba produciendo con él. Es la metáfora de lo nuevo emergente que venía a trastocar el orden inicuo establecido sobre el poder y la riqueza, la codicia y el egoísmo, la especulación y la explotación. O el orden capitalista neoliberal.

Con su propuesta del “reino de Dios”. Jesús desautorizó y depuso el honor social, que era en la época (y sigue siendo todavía) el valor supremo en toda la cuenca del Mediterráneo. Anunció la liberación de los campesinos cada vez más hundidos en las deudas y en la miseria. Rompió con el modelo vigente de familia patriarcal, legitimada por una religión patriarcal. Curó enfermos, en un gesto de compasión y en un acto de fe en los propios enfermos, que constituía también un gesto y un acto de rebelión contra el sistema político y económico que enfermaba a los pobres y empobrecía a los enfermos. Anunció la bienaventuranza de la liberación a los pobres y pequeños, pero no les prometió que fueran a ser grandes o ricos. Anunció que los que tienen hambre serán saciados y que los que lloran serán consolados, y que los pobres serán liberados del hambre y de la miseria, pero no dijo que los pobres serán ricos.

“Reino de Dios” significa que la tierra es de Dios, es decir, que la tierra es sagrada o que la tierra es de todos. Es una crítica frontal contra la política imperial en relación con la tierra y la población del lugar. En efecto, “la tierra, el recurso más importante en los imperios agrarios, se confiscaba y se parcelaba para entregarla a partidarios leales del régimen tales como los veteranos de los ejércitos imperiales, con lo cual quedaban destruidos los asentamientos más antiguos. Los pueblos nativos eran trasladados y

utilizados en otros lugares como mano de obra barata en proyectos de construcción, o como siervos o esclavos agropecuarios”<sup>4</sup>. Como hoy.

El reino de Dios es “la política de Dios en el mundo” (L. Boff). Es la defensa del inmigrante, la refugiada, la mujer, el desahuciado. Es el consuelo de las lágrimas, la desaparición del hambre, la curación de las enfermedades, la remisión de las deudas, la destrucción de los barrotes, la recuperación de la tierra...

El reino de Dios, ha escrito Theissen, es “el proyecto de revolución de valores”<sup>5</sup> que quiso llevar a cabo Jesús. El movimiento de Jesús reaccionó ante la situación revolucionaria que vivía la sociedad judeo-palestinense de su época, “pero no lo hizo con una revolución de poder sino con una revolución de valores, es decir, con un cambio de los valores y las actitudes. Contrapuso su visión del reino de Dios a las circunstancias existentes; y sus propias estrategias, libres de violencia, a la lucha por el poder”<sup>6</sup>.

Una revolución de valores, dice Theissen, consiste en que determinados valores atribuidos en una cultura determinada a los grupos privilegiados pasan a ser reconocidos a las clases a las que dichos valores les eran negados. Es una “apropiación revolucionaria desde abajo. Las revoluciones de valores preceden a las revoluciones por el poder: cuando un sistema es barrido por una revolución, en la mayoría de los casos ha perdido ya antes su legitimación”<sup>7</sup>.

Así, Jesús transfiere al pueblo sencillo las virtudes consideradas entonces como propias de gente aristócrata: a las mujeres sin lugar ni poder, a los campesinos, artesanos y pescadores los considera reyes y sabios, hijas de Dios, magnánimas, capaces de perdonar y de amar a los enemigos, de ser generosos y liberales con sus bienes, pacíficas y constructores de paz. “Las formas tradicionales de conducta de la clase alta se hacen accesibles también al pueblo”<sup>8</sup>. Al mismo tiempo, Jesús revaloriza los valores del pueblo, por ejemplo: el amor al prójimo y la humildad.

“Los sueños del movimiento de Jesús no son sueños de sacerdotes, doctores de la ley y poderosos. En ese movimiento sueñan personas sencillas acerca de una gran fiesta familiar: *Vendrán muchos de oriente y de occidente y se sentarán con Abrahán, Isaac y Jacob en el banquete del reino de los cielos* (Mt 8,11) (...). El reino de Dios es una fiesta familiar para los que no tienen familia”<sup>9</sup>.

El Reino de Dios es el mundo soñado por Dios, es decir, el Fondo de nosotros mismos y de todos los seres: un mundo justo y fraterno, bueno y feliz. Es el nuevo mundo realizándose en este mundo, desde dentro de él. El reino de Dios “es tan terrenal como Jesús mismo lo fue”<sup>10</sup>. Es “el amplio espacio en el cual ya no hay asedio”<sup>11</sup>. “Es Dios

---

<sup>4</sup> S. Freyne, *Jesús, un galileo judío*, o.c., p. 167.

<sup>5</sup> G. Theissen, *El movimiento de Jesús*, o.c., p. 253.

<sup>6</sup> G. Theissen, *El movimiento de Jesús*, o.c., p. 249.

<sup>7</sup> G. Theissen, *El movimiento de Jesús*, o.c., p. 252.

<sup>8</sup> G. Theissen, *El movimiento de Jesús*, o.c., p. 264.

<sup>9</sup> G. Theissen, *El movimiento de Jesús*, o.c., p. 254.

<sup>10</sup> J. Moltmann, *Cristo para nosotros hoy*, Trotta, Madrid 1997, p. 22.

<sup>11</sup> J. Moltmann, *Cristo para nosotros hoy*, o.c., p. 24.

que ha llegado a su descanso, que habita en su creación y hace de ella su morada. Todas las criaturas se tornan compañeras de casa"<sup>12</sup>. Es "la encarnación cósmica de Dios"<sup>13</sup>.

Por todo ello, "reino de Dios" conlleva la confrontación con los poderes establecidos. En Galilea, concretamente, significaba una confrontación directa con los llamados "herodianos", la familia, los funcionarios y los cortesanos de Herodes Antipas, que vivían en las ciudades. Por ello, la aristocracia sacerdotal y laica le puso en su punto de mira. Y su actividad pública no duró más allá de un año y medio o dos años (tal vez incluso solamente unos 8 meses).

### 3. Los males del dinero

El dinero fue un invento antiguo bien práctico: un trozo de madera, metal o papel para simplificar las relaciones. Lo malo del dinero no es el dinero en sí, sino el engranaje de deshumanización en que funciona, que deshumaniza al rico, el cual crea pobres y los condena a la miseria infrahumana. Nunca tanto como hoy.

Pues bien, llama poderosamente la atención cuánto y cuán duramente habla Jesús del dinero. Lo denuncia como ídolo que fácilmente se apodera de la vida y, dejando de ser un medio muy práctico de intercambio para vivir mejor en común, se erige en fin y en señor, y entonces mata la relación, la libertad, el bien común e inevitablemente el propio bien. El mismo Jesús, dice el Evangelio, experimentó su tentación: "Todo esto te daré si postrándote me adoras" (Mt 4,9). "Márchate, Satanás – respondió Jesús–. Solo a Dios, a la Vida universal, darás culto y cuidarás". Haré alusión a unos cuantos pasajes y dichos de Jesús acerca del dinero, de los intereses y de la deuda, y poco importa que se trata de pasajes y dichos históricos, reinterpretados o incluso totalmente creados. Lo que nos importa es la figura inspiradora de Jesús textos que emerge de los relatos evangélicos. Su lógica se resume en dos verbos: no acumular, compartir. Acumular es insensato por un doble motivo: primero, porque cuanto más se acumula más se desea; segundo, porque cuanto acumulan unos pocos, más pobres se vuelven muchos. La única alternativa sensata es compartir. Veamos:

a) *"Aunque se nade en la abundancia, la vida no depende de las riquezas"* (Lc 12,15). Es la conclusión de la parábola del rico "insensato" que edifica y llena sus graneros, o aumenta sus acciones de bolsa en alza, y se dice: "Ahora tienes bienes almacenados para muchos años: descansa y pásalo bien". Insensato, dice Jesús. Es imposible descansar en la riqueza, porque siempre pide más. Nadie vive mejor por tener más de lo necesario. Más bien al contrario. El rico padece un doble cáncer: no descansa ni deja descansar, ni vive ni deja vivir. Mientras esta antigua civilización basada en la codicia no lo aprenda, no será civilización.

b) *"Había un hombre rico ...Y había también un pobre, llamado Lázaro, tendido en el portal"* (Lc 16,19-20), cuenta la parábola del rico y de Lázaro. Había un rico, había un pobre. Así es el mundo. Nadie nace pobre por voluntad divina ni por ley alguna natural: es el rico el que hace que el pobre deba yacer miserable y llagado. Hay pobres que no tienen suficiente porque hay ricos que tienen demasiado. Lo que tienes de sobra no te pertenece, enseñaron los Santos Padres, siguiendo a Jesús. Y merece la pena observar que "Lázaro" significa "Dios ayuda" y que se trata del único nombre propio que aparece en

<sup>12</sup> J. Moltmann, *Cristo para nosotros hoy*, o.c., p. 25.

<sup>13</sup> J. Moltmann, *Cristo para nosotros hoy*, o.c., p. 25.

las parábolas. Lázaro es el preferido de la Vida Buena, de la bondad que hace vivir. Dice la parábola que las situaciones del rico y de Lázaro se invierten: aquel va al infierno, éste al paraíso. Es posible que Jesús se refiriera al infierno y al paraíso que el Juez divino asigna a cada uno en el más allá, pero creo que hoy no lo podemos entender así. Lo debemos entender más bien como metáfora poderosa del infierno de este mundo que hemos de extinguir. Que el rico salga de su infierno y saque al pobre, o que saque del infierno al pobre para que él mismo pueda salir. Las dos cosas van juntas, y han de darse aquí, en este mundo, para que podamos vivir. Solo juntos podremos vivir. Y no parece que vayamos camino de aprenderlo. El mismo Jesús, profeta de la vida buena y feliz, será vendido por unas miserables monedas, sea o no histórica la noticia. La riqueza excesiva de unos es el símbolo de la gran traición a la justicia, a la humanidad, a comunidad planetaria de vivientes.

c) *“Ganaos amigos con el dinero injusto”* (Lc 16,9), dice Jesús en la parábola del administrador sagaz. ¿Es injusto de por sí el dinero? Claro que no. No entendamos a Jesús como a un economista ni como a un moralista casuístico, sino como a un profeta tan provocador como inspirador. Lo más humano, sabio y razonable que podéis hacer con el dinero, nos dice, es compartirlo, utilizarlo para hacernos amigos y disfrutar juntos el bien común de la vida. No está solo en nuestras manos, pero también está en nuestras manos. “Dadles vosotros de comer”, dice Jesús a sus discípulas ante la multitud hambrienta, en aquella ocasión en que, en un descampado de Galilea, quiso prefigurar proféticamente el mundo nuevo, necesario y posible, que llamaba “Reino de Dios”: que, compartiendo lo que hay, todos puedan comer.

d) *En conclusión: “Al César lo que es del César, a Dios lo que es de Dios”* (Mc 12,13-17). El pasaje se encuentra en los tres sinópticos, el EvT y el papiro Egerton, indicio de la importancia que la cuestión de los tributos imperiales revistió para los cristianos de los diferentes ambientes. La cuestión la plantean fariseos y herodianos, grupos ambos partidarios del gobierno de Herodes Antipas, que es quien gestionaba libre y arbitrariamente los impuestos, pagando solamente a Roma un tributo fijo. Jesús se encuentra contra la espada y la pared: o acepta el dominio romano o aparece como partidario de Judas el Galileo que había liderado una rebelión contra los impuestos directos a Roma el año 6 de la era común, cuando Jesús era un niño de dos años aproximadamente. Se conoce la respuesta de Jesús “Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios”.

Esta respuesta es objeto de diversas interpretaciones, desde el respeto a la autoridad civil y religiosa hasta un apoyo abierto a la postura radical de su paisano galileo Judas de Gamla. Me parece interesante la interpretación que da S. Freyne, para quien la clave está en la imagen grabada en el denario que pide que le traigan. “Al pedir la moneda del tributo, Jesús cambió de tercio enteramente, pasando del tributo a las imágenes, tema éste sumamente delicado en todas las ramas del judaísmo, incluso en el siglo I, debido a su fe intensamente anicónica”<sup>14</sup>. Es como si Jesús les dijera: “El denario (el dinero) representa el poder del emperador. ¿En qué creéis? ¿En el poder del dinero y del emperador, que es el mismo, o en el poder del Bien Común que es Dios? Decidíos”. Lo mismo vino a decir cuando dijo: “No podéis servir a Dios y al dinero (*mamona*)” (Mt 6, 24): no podéis a la vez cuidar la vida y adorar el dinero.

---

<sup>14</sup> S. Freyne, *Jesús, un galileo judío*, o.c., p. 193.

#### 4. Intereses que ahogan y deudas que matan

Muchas parábolas de Jesús describen la situación de familias galileas asfixiadas por intereses abusivos y por deudas impagables. Mencionaré solamente la de los talentos y la del deudor insolvente.

a) *La parábola de los talentos* (Mt 25,14-30) (o de las minas en Lc 19,11-27). Un amo inhumano distribuye talentos entre sus siervos, exigiéndoles que les saquen el máximo rendimiento. Se ha solido leer habitualmente como una invitación a hacer productivos nuestros dones, como el propietario hábil que sabe invertir y sacar buena rentabilidad a sus bienes. Bien podría ser que no fuera esa la enseñanza originaria de esta parábola. Sigo la interpretación de J.D. Crossan<sup>15</sup>, que me parece sugerente.

Un talento era como 2 millones de euros. Jesús quiere “captar la atención de su auditorio con una cantidad de dinero ‘de cuento de hadas’”<sup>16</sup>. El amo es descrito por uno de sus siervos como avaro e injusto; el propio amo lo reconoce (“cosecho donde no siembro y recojo donde no esparzo”: vv. 24.26). ¿Será que Jesús describe así a Dios, enseña que hemos de sacar la máxima rentabilidad, bendice la economía del máximo lucro, canoniza el cobro de intereses?

Recordemos que el interés, usual entre los romanos, estaba prohibido por la Torá judía (Dt 23,20; Lv 25,36-37; Ez 18,8-9.13.17), y fue considerado grave delito por la Iglesia hasta el s. XVII. ¿Cómo es posible que Jesús lo alabe? Pero existe otra versión de esta parábola en el *Evangelio de los Nazarenos* (utilizado por judeocristianos de Siria a mediados del s. II), transmitida por Eusebio de Cesarea (s. IV), en la que un servidor despilfarra el dinero con flautistas y prostitutas, el otro le hace producir, y el tercero lo esconde, y es precisamente este tercero el que es elogiado por el amo.

Pues bien, Crossan sostiene que, en esta parábola, “la intención de Jesús era crear un debate en su auditorio entre la tradición romana a favor de los intereses en el contexto del imperio y la tradición judía anti-intereses de acuerdo a la Torá”<sup>17</sup>. “¿Aceptas las leyes de Dios o las costumbres de Roma?... ¿Estáis con los avariciosos o con los necesitados?”<sup>18</sup>.

b) *Parábola del deudor insolvente*. Es revelador que Jesús cuente esta parábola. Está describiendo y denunciando lo que observa. Es inhumano, intolerable.

No es extraño, pero es muy revelador, que Jesús enseñe a orar diciendo: “Perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a los que nos deben” (Mt 6,12; Lc 11,4). Desgraciadamente, al rezar el Padrenuestro, hemos solido entenderlo como “perdónanos nuestros pecados”, una deriva que viene de los orígenes mismos, pues la versión de Lucas dice: “Perdónanos nuestros pecados, pues también nosotros perdonamos a los que nos ofenden” (Lc 11,4). Y en 1986, bajo el pontificado de Juan Pablo II, la Conferencia Episcopal Española, de acuerdo con las Conferencias Episcopales de 26 países de habla española, quiso dejarlo claro cambiando la versión tradicional e imponiendo “perdónanos nuestras ofensas” en lugar de “nuestras deudas”. Un cambio que no corresponde a la intención de Jesús ni a la versión original, la de Mateo.

<sup>15</sup> J.D. Crossan, *El poder de las parábolas*, o.c., pp.104-111.

<sup>16</sup> J.D. Crossan, *El poder de las parábolas*, o.c., p. 105.

<sup>17</sup> J.D. Crossan, *El poder de las parábolas*, o.c., p. 110.

<sup>18</sup> J.D. Crossan, *El poder de las parábolas*, o.c., p. 111.

Crossan es taxativo al respecto: “En su origen, las ‘deudas’ se entendían en un sentido completamente literal. Jesús se refería a la eterna díada del campesinado: suficiente pan para hoy y ninguna deuda para mañana”<sup>19</sup>. Jesús reavivó la “ley jubilar”, por la que en el año jubilar (cada 50 años) todas las deudas habían de quedar anuladas y las propiedades, la propiedad de la tierra en primer lugar, debían volver a sus dueños originarios (Lv 25,10.13). El perdón de las deudas, incluido el perdón de la deuda exterior de los países pobres, es elemento sustancial del Evangelio, del reino de Dios, de la fe cristiana. Si se aplicara esta ley, y solo con que todos los que nos llamamos cristianos lo exigiéramos, se acabaría el neoliberalismo.

## 5. Bienaventurados primero los pobres

Las Bienaventuranzas constituyen el núcleo central y también la clave interpretativa del Evangelio. Son también la mejor expresión del antagonismo irreconciliable entre el neoliberalismo y el Evangelio. La clave de la revolución evangélica es la bienaventuranza, es decir, aquello que nos llena de verdad y nos hace felices. ¿Qué es lo que nos hace felices? Y no en el más allá, después de la muerte, sino aquí en la tierra en vida. Y no lo que hace felices a unos, sino a todas. Y no en primer lugar a los ricos, sino a los pobres, a las últimas.

El capitalismo dice: “Primero el negocio, luego los pobres. Y lo que es bueno para el negocio, eso será lo mejor para las pobres”. Jesús dice: “Primero los pobres, luego el negocio. Y lo que sea bueno para los pobres, es decir, lo que lleve a que los pobres dejen de serlo, eso será a la larga lo mejor para todos; acabará siendo incluso el mejor negocio, solo que mejor distribuido”.

Hay dos versiones de las Bienaventuranzas. La de Lucas, la más originaria según los exégetas, dice: “Dichosos vosotros los pobres, porque Dios o la Vida os prefiere, porque lo más real, el fondo real de cuanto es está de vuestro lado, y nada podrá con su poder. Dichosos vosotros, los pobres, porque pronto dejaréis de serlo, pronto dejaréis de tener hambre y de llorar. Dichosos vosotros, los pobres, porque cuando dejéis de serlo, seréis los principales artífices del mundo nuevo”. Es la versión más directamente política.

Pero en el relato jesuano, hallamos también la versión de Mateo, que es una llamada profética a la transformación de la realidad por una actitud espiritual y práctica: “Dichosos los ‘pobres de espíritu’, porque suyo es el reino de los cielos” (que es mero circunloquio que equivale a “reino de Dios”). No se refiere al cielo después de la muerte, sino a una transformación espiritual y política aquí en la tierra. “Pobres de espíritu” no significa una mera actitud de “desapego espiritual” de las riquezas que sería compatible con la posesión de riquezas excesivas. “Pobre de espíritu” significa “solidario del pobre”. Así pues, Jesús dice en Mateo: “Dichosas las que se pongan del lado de los pobres. Dichosas las que lloran con los que lloran, las que sienten y practican la misericordia, las que viven y siembran la paz”. Serán dichosas, y lo serán en la tierra, y harán que haya bienaventuranza común en ella.

## 6. Bienaventurados también los ricos

También para los ricos hay bienaventuranza. El Reino de Dios es buena noticia, es evangelio para todos. El reino de Dios invierte la realidad, pero la inversión no consiste

---

<sup>19</sup> J.D. Crossan, *El poder de las parábolas*, o.c., p. 186.



en que los oprimidos se vuelvan opresores y los opresores oprimidos, en que los pobres sean ricos y los ricos pobres, en que los desgraciados sean felices y los felices desgraciados. La inversión consiste en que los opresores se vuelven hermanos y los ricos solidarios y, en consecuencia, ya no hay oprimidos ni pobres.

Los evangelios ponen en boca de Jesús palabras durísimas contra los ricos: “¡Ay de vosotros los ricos, pues ya habéis recibido vuestro consuelo!” (Lc 6,24). “Le es más fácil a un camello entrar por el ojo de una aguja que a un rico entrar en el reino de Dios” (Mt 19,24). Repito: no se trata del cielo después de la muerte, sino de la transformación del corazón y de la vida aquí, en la Tierra y en vida. El Evangelio es para el rico – empezando por mí– la posibilidad de quedar libres de las garras de Mamón, la oportunidad de ser más dichosas por la solidaridad que por la posesión. El Evangelio es la promesa de que esa transformación de la dicha es posible también para el rico.

Es la historia de Zaqueo, el rico ladrón transformado por el encuentro con Jesús. “Hoy ha llegado la salvación a esta casa” (Lc 19,9). Zaqueo devuelve lo robado – y además “la mitad de mis bienes” – porque se siente feliz, y descubre que es más feliz siendo generoso o, dicho de otra forma, haciendo que el mundo ya no se divida entre pobres y ricos. Esa es la lógica del Evangelio, la lógica de Jesús, contra la lógica del capitalismo neoliberal.

**En CONCLUSIÓN.** Todo esto está muy bien, podemos pensar, pero ¿es real? ¿Puede hacerse realidad? ¿Podemos esperar que ese modelo económico cambiará y de que otro mundo será posible y efectivo? Esperar no es tener expectativas de que algo suceda o aguardar a que suceda. Esperar es vivir de acuerdo al espíritu profundo que nos mueve, es caminar en dirección al horizonte que vislumbramos, es decir, practicar la esperanza.

Veinte siglos después de Jesús, no parece que hayamos avanzado hacia el reino de Dios que Jesús soñó, anunció, esperó, practicó. No es el fracaso de Jesús. Es nuestro fracaso, porque no hemos sido fieles al aliento vital profundo que nos habita, al espíritu que movió a Jesús, el espíritu que inspira el deseo de todos los seres, el respiro que buscan todas las criaturas. Es la inhumanidad la que, antes y después de Jesús, ha frustrado su esperanza, la esperanza universal, o por pesimismo derrotista o por optimismo iluso, por realismo interesado o por cobardía temerosa o por ambición impaciente y violenta.

Dejemos el pesimismo para tiempos mejores” (E. Galeano). No podemos permitirnos ser pesimistas, pues el pesimismo fácilmente paraliza. Pero tampoco se trata de ser optimistas, pues el optimismo fácilmente impide ver la realidad tal como es, sus límites y condicionamientos, empezando por los límites y condicionamientos propios de cada uno. El sociólogo y filósofo Zigmunt Bauman ha dicho: “Un optimista es quien cree que este es el mejor de los mundos posibles y no se puede mejorar. Y el pesimista, el que cree que quizás el optimista tenga razón”. Ni el optimismo ni el pesimismo transforman el mundo. ¿Entonces qué? Primero, convencerse de que “el mundo tal vez se pueda mejorar”; y segundo, seguir en el empeño a pesar del fracaso. Es lo que hizo Jesús. Es lo que le hizo feliz.

No son tiempos para el optimismo ni para el pesimismo, sino para la esperanza. La esperanza inspirada, activa, transformadora, como la de Jesús. Esa esperanza es la única que podrá acabar con el neoliberalismo que mata la vida.